

NÚMERO 48

Memoria

Instituto Tecnológico Metropolitano • Medellín • agosto de 2019

ISSN 1692 - 0368

Juan Guillermo Valderrama

**EL QUE MATA ES EL
PRIMERO, NO EL ÚLTIMO**



**EL QUE MATA ES EL PRIMERO,
NO EL ÚLTIMO**

Juan Guillermo Valderrama

**EL QUE MATA ES EL PRIMERO,
NO EL ÚLTIMO**



Institución Universitaria
Acreditada en Alta Calidad

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

Memoria 

Número 48, agosto de 2019

MEMORIA recoge textos polémicos a través de conferencias y ponencias, sobre personajes y hechos que han marcado un hito en el transcurso de la historia.

ISSN 1692-0368

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

© Juan Guillermo Valderrama

Rectora

María Victoria Mejía Orozco

Editora

Silvia Inés Jiménez Gómez

Asistente editorial

Carolina Castañeda Vergel

Correctora de textos

Lila M. Cortés Fonnegra

Diseño y diagramación

Alfonso Tobón Botero

Impresión

Taller de Artes Gráficas ITM

FONDO EDITORIAL ITM

Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural

Valderrama Santamaría, Juan Guillermo

El que mata es el primero, no el último / Juan Guillermo Valderrama Santamaría. -- Medellín : Instituto Tecnológico Metropolitano. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural, 2019. 52 p. -- (Memoria. No.48, agosto. 2019)

ISSN: 1692-0368

1. Drogadicción 2. Relatos personales 3. Literatura colombiana I. Instituto Tecnológico Metropolitano. Departamento de Biblioteca y extensión Cultural II. Serie

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

Calle 73 No. 76A-354 Medellín-Colombia

(574) 440 5100 Ext. 5246 – 5298

E-mail: fondoeditorial@itm.edu.co

www.itm.edu.co

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
EL QUE MATA ES EL PRIMERO, NO EL ÚLTIMO	11
Hoja de vida.....	11
Anzuelo.....	14
Por las escalitas	21
Un escaso presupuesto de prevención	45
Cocaína.....	48

PRESENTACIÓN

«El ayer ya se fue, el mañana no existe,
el hoy es lo que tenemos»

Con estas palabras del autor Juan Guillermo Valderrama, queremos introducirlos a la lectura de la edición No. 48 de la publicación *Memoria*. De la mano de nuestro autor invitado, recorreremos estas páginas en las que él mismo nos narra su vivencia personal alrededor de una problemática que no solo sufre nuestro país, sino también el mundo entero, y que tiene abundantes anzuelos, al parecer inofensivos, pero que cuando nos atrapan terminan por «asfixiarnos».

Como lo señala el Observatorio de Drogas de Colombia (ODC), hay que reconocer que, a pesar de los esfuerzos realizados por el Gobierno colombiano a través de los años, nuestro país todavía enfrenta múltiples desafíos alrededor de este problema que, en la actualidad, se manifiesta no solamente en términos de siembra, producción y tráfico, que indiscutiblemente han sumido a Colombia en otros problemas conexos a estas prácticas, tales como la violencia con impacto en la seguridad y la convivencia ciudadana, el narcotráfico, la pobreza, entre muchos otros, sino también en el aumento del consumo interno; porque dejamos de ser un país meramente productor para convertirnos en un

país consumidor y, recientemente, en un país importador de insumos químicos destinados, por ejemplo, a la producción de sustancias psicoactivas sintéticas.

En esta oportunidad, los invitamos a recorrer *Memoria*, número 48, «El que mata es el primero, no el último», en la que Valderrama quiere vehementemente convocarnos a una reflexión serena frente a una realidad que está modificando, significativamente, a toda una sociedad que, pese a reconocer los riesgos del uso y abuso de estas sustancias, no parece capaz de propiciar la reducción del consumo. Por el contrario, cada día las cifras son más alarmantes y el reto es más grande, no solo para el Gobierno Nacional, sino también para las instituciones educativas y las familias que deben generar estrategias que frenen el consumo de drogas.

Memoria es una serie publicada por el Fondo Editorial ITM, con el fin de recoger el pensamiento social del mundo contemporáneo, expresado en forma de entrevistas, conferencias y ponencias de autores con proyección nacional e internacional, que abordan la realidad y suscitan la reflexión y la formación del pensamiento crítico. Durante los 47 números que abarca la colección, los textos han tratado temas políticos, literarios y artísticos, entre otros, todos ellos con un interés común: propiciar que los lectores se formen su propia opinión y que puedan participar de las discusiones o que, simplemente, se sensibilicen con el mundo que los rodea.

Carolina Castañeda Vergel

Sistema de Revistas Científicas ITM
ligiacastaneda@itm.edu.co

EL QUE MATA ES EL PRIMERO, NO EL ÚLTIMO

Hoja de vida

Mi nombre es Juan Guillermo Valderrama Santamaría. Tengo cincuenta y tantos años y estoy casado con doña Dora Emilse. No tengo hijos, a Dios gracias. ¡Qué tal que hubiera nacido otra belleza igual a mí! Desde hace más de una década soy un «humilde» pensionado, bajo perfil, estrato 2, coqueteándole al 3, pero con mucho cuidado de no llegar al 4, pues no me alcanzaría mi paupérrima pensión para servicios públicos y demás menesteres. Devengo un salario mínimo que cobro los primeros cinco días de cada mes, a costa de muchas filas y codazos, y de esquivar ladrones y prestamistas. De esos que merodean cajeros electrónicos y bancos, con más frecuencia en julio y diciembre, debido a la primita.

Se preguntarán: ¿por qué pensionado tan joven? ¿Acaso será senador, maestro, policía, militar, desmovilizado de la guerrilla o de los paramilitares, testigo protegido, presidente de un sindicato, tendrá una palanca en el Seguro Social, o cobrará con la cédula de un muerto? ¡Pues, no señores! Resulta que hace dieciocho años me descubrieron una cardiopatía dilatada severa y pensaron que debido a esto me iba a morir, a lo sumo en un año, o al menos así lo explicó el cardiólogo; pero, como ven, se equivocó. He padecido dos infartos. Por lo anterior, cuento desde hace

algunos años con un resincronizador automático (una especie de marcapasos) en el pecho, que le ayuda al corazón a seguir latiendo; un stent en la coronaria derecha y doce cateterismos. Además, estoy en coqueteos con un trasplante. Así que pudiera ser que ustedes están leyendo una de las penúltimas letras que escribo con este corazón oxidado. Dije penúltimas, ¡eh! ¡Con el nuevo ya veremos! ¡Ah! Y para completar la abrumadora escena, al abandonar la nicotina se desencadenó un trastorno de ansiedad generalizada, acompañado de repetidos ataques de pánico, con tendencia suicida. En lenguaje llano: físico pavor a morirme. Mi padecimiento, en gran parte, se lo debo al fruto de veinte años desafortunados de consumo de cigarrillo, alcohol y bazuco.

Dos décadas atrás, una mañana de domingo para ser más exactos, padecí mi última resaca por alcohol y drogas. En vista de no tener donde caer muerto y mucho menos vivo, y que no me cabía un cigarro más en los pulmones, ni una gota de alcohol en el estómago o una papeleta más de bazuco en la cabeza, ingresé en una comunidad terapéutica: Comunidad Terapéutica Medellín (Q.E.P.D.), para dejar atrás todo tipo de sustancias que me causaran dependencia. Y efectivamente, después de dos procesos terapéuticos, las dejé. Aunque, para ser honesto, pienso que fueron ellas las que me dejaron, cansadas de mí.

Desde niño me ha gustado contar historias y escribirlas pero, debido a mi Trastorno de Déficit de Atención e Hiperactividad –TDAH–, a mis incipientes siete años de estudio interrumpidos por causa de las drogas, pereza por la lectura y consecuente mala gramática, sintaxis y ortografía, no lograba hacerlo decorosamente. Todo lo que he hecho en mi vida ha sido de manera empírica.

Hace algunos años me inscribí en el «Taller de poesía y creación literaria» de la Biblioteca Pública Piloto de

Medellín, dirigido por el maestro Jaime Jaramillo Escobar, a quien, como no le gusta que le digan «maestro», sin que se enterara, comencé a llamar colega. Allí aprendí a plasmar mis historias en crónicas, ayudado por un viejo computador y un samaritano, quien me hizo entender que robo no es lo mismo que robó. A partir de mi asistencia al taller he elaborado múltiples relatos, en especial uno que me publicó el Instituto Tecnológico Metropolitano –ITM–, llamado *La verdad sin calzones*, de 355 páginas, del cual se han logrado tres ediciones, sin contar la pirata.

Dicho libro es una autobiografía: la vida que llevé desde una noche de 1974, a mis diez años, cuando me metí mi primera dosis personal de marihuana; hasta una mañana de 1999, a mis treinta y cuatro, en que le di la última aspirada a un bazuco. Asimismo, en el año 2017, la Universidad de Antioquia me publicó el libro de crónicas: *Cuando la felicidad costaba dos pilas*. Próximamente se editará la cuarta edición de *La verdad sin calzones*.

Pero hoy estoy aquí para presentarles esta publicación: *El que mata es el primero, no el último*, una especie de conferencia, testimonio, conversatorio, relato o digámosle charla, entre dos amigos: Juan José o «Peropero», como mejor deseen llamarlo. Sé que ahora a él no le molesta ese remoquete; yo sé por qué se los digo. Y el «Cabezón», o sea yo, al que aún le mortifica ese apodo, pero que se aguante. Traté de transcribir la conversación tal cual mis recuerdos y mi sobriedad me lo permitieron.

Además, incluyo un discurso, a manera de reflexión, sobre el escaso tiempo y presupuesto que le dedica la educación a la problemática de la drogadicción. Y un pequeño poema dedicado a la cocaína.

Ahora, con mi experiencia, he llegado a la conclusión de que lo más certero y barato es la prevención, ir al médico antes de estar enfermo.

Los centros de rehabilitación ayudarían mucho más si los visitáramos antes de tener problemas de drogas y, por consiguiente, las calles estarían menos repletas de habitantes callejeros, las cárceles sin hacinamientos, los psiquiátricos menos concurridos y los cementerios no tendrían tanto vivo sepultado antes de tiempo.

Quiero dedicarles este texto a todos aquellos que, como Juan José, con mucha más frecuencia hoy que ayer, se metieron esa primera dosis personal y no han podido parar.

Anzuelo

Déjeme decirle, mi estimado lector, que si usted es uno de los muchos que creen que esta publicación es un embaucamiento, una mentira o una estafa, como tantas otras que han pretendido ser la panacea para resolver las problemáticas de las drogas y solo han logrado ser un fracaso más, tiene toda la razón en desconfiar; yo también lo haría y, quizás, ni lo leería. Las problemáticas de la droga no se resuelven con un simple cuadernillo, y mucho menos con un título que genera desconfianza: *El que mata es el primero, no el último*. Sin ser adivino, sé lo que está pensando: «De eso tan bueno no dan tanto». Es verdad: nada en la vida es rápido y fácil.

Si existiera un manual cien por ciento confiable y seguro para dejar las drogas o no caer en ellas (ojalá lo hubiera), créame que mucha gente pagaría lo que fuera por poseer tan siquiera una copia de tan magno descubrimiento. Y a mí no me recibirían más dinero en los bancos. Lo que sí puedo asegurarle es que el mío (digámosle método) es el más eficaz de todos.

En cuarenta años que llevo metido en el mundo de las drogas: veinte en que fui consumidor activo de bazuco, alcohol y cigarro, más los veinte posteriores, vividos en sobriedad, he ido recopilando experiencias propias y ajenas que me hicieron llegar a la singular e irrefutable conclusión de que el único manual seguro y eficaz que realmente funciona para no convertirse en un potencial adicto, es no meterse esa primera dosis: *El que mata es el primero, no el último*. A mí me mató el primer bazuco que me fumé, no el último. Ese que yo llamo el anzuelo. Y por eso lo recalco: en cuarenta años no hemos avanzado un ápice con respecto a la prevención y, mucho menos, en un tratamiento efectivo que nos asegure la permanencia en sobriedad. Después de cuatro décadas continuamos en meros experimentos, en pañales, aun sabiendo que de las dos la más efectiva es la primera: prevenir. Pero tampoco ha funcionado, puesto que los resultados lo demuestran. Así pues, que ni lo uno ni lo otro funciona. Y vuelvo a mi premisa: el anzuelo; no lo muerda, no se trague la carnada. Claro está que, si ya lo mordió y se la tragó, o conocés a alguien que lo haya hecho y se quedó enganchado, también existe una solución; la muestra soy yo y este práctico cuadernillo.

Recuerde que el anzuelo siempre se cubre con una carnada, cebo, que parece inofensivo, pero te atrapa, esa es su función. En idéntica forma sucede con la droga: hay señuelos; unos lo llaman drogas blandas, otros les dicen puertas o ventanas, yo los llamo *las solapadas de la fiesta: cigarrillo, mariguana y alcohol*, pues pasan por inofensivos, por mosquitas muertas, con las que todos bailan y rumbean con el consentimiento de la sociedad, sin sospechar siquiera que las tres juntas son de todas las sustancias las que más muertes causan en el mundo. La adicción a la que más dificultad y dolor me costó renunciar fue el cigarrillo. Siempre he creído que la única

diferencia entre un bazuco y un cigarrillo es el precio. Si un cigarro costara lo que cuesta un bazuco la gente tuviera que robar y hacer otras cosas peores para satisfacer ese consumo. Yo terminé fumándome dos cajetillas diarias. ¡Cuarenta cigarrillos!

Mi madre, a los cincuenta años, fue operada de pólipos en la garganta por consumo de cigarrillo; el médico le prohibió tajantemente volver a fumarse uno solo de los cuarenta que se fumaba. Ella, poniendo a Dios como testigo y a sus diez hijos como garantes, juró no volver, ni si quiera, a encender un cigarro. Cualquier día subí a la terraza de mi casa para armarme un bazuco e ir a fumármelo a la calle. Cuál sería mi sorpresa al ver a mi viejita casi en cuclillas, detrás de unas cajas de cartón, ansiosa, fumándose un cigarrillito. Ella nunca se enteró de que yo la había visto y yo jamás se lo dije a nadie de la familia. Desde ese día entendí que no había diferencia entre bazuco y cigarro, ni entre bazuco y marihuana, ni entre mi mamá y yo. Que la única diferencia era el gusto por la sustancia y el precio. Un cigarro cien pesos, un bazuco dos mil.

Antes de continuar quiero aclarar algo: que se entienda por adicción la dependencia hacia una sustancia, actividad o relación.

Sustancia: cocaína, éxtasis, LSD, marihuana, alcohol, cigarro, energizante, café...

Actividad: internet, Facebook, celular, video juegos, tv, gimnasios, juegos de azar...

Relación: el novio, la mamá, el hijo, la amiga, el perro...

Por eso es que en estas cortas páginas trato, sin tapujos ni moralismos, de mostrar y demostrar lo que a mi familia y a mí nos ayudó, pero también lo que nos perjudicó durante tantos años, por yo no abandonar el consumo de sustancias psicoactivas mucho antes, o al menos por no dejar de «joderles» sus vidas, como tanto me lo recalca el viejo: «Yo nunca te he pedido ni una bolsa de leche, ni un par de panelas, ni que me ayudes a pagar los servicios. Nada. Lo único que te he pedido es que no nos jodás la vida, ni a tu mamá ni a mí; y sos tan sinvergüenza que ni eso nos has podido dar».

Hay que desmontar tanta mentira con respecto a este tema. Que es difícil abandonar las drogas, ipues claro que es difícil ¿Cómo no va a ser complicado dejar lo que más se ama? Pero les aseguro que es mucho más complicado vivir consumiéndolas que vivir sin ellas.

El adicto es un enfermo que no es culpable de su enfermedad: la drogadicción, pero sí es responsable de su recuperación. Nadie puede hacer el tratamiento por el adicto, solo él mismo. Piense: si en vez de una adicción, un familiar suyo resulta con cáncer, ¿usted se haría las radioterapias o quimioterapias por él? ¡Pues claro que no! La receta es para el paciente, no para el acompañante. Yo no puedo ir donde el cura diciéndole: ¡Padre, me acuso de que mi hijo Jorge se robó una gallina! Mucho menos ponerme las inyecciones de penicilina para que se le corte la infección a un hijo, ni a nadie. Es así de simple.

Este no pretende ser un manual de autoayuda, ni mucho menos, no tengo la facultad que tienen algunos de decirles a otros, de una manera decente, amorosa y prudente, lo que deben hacer para arreglar sus vidas, aunque la de ellos esté en un perfecto desorden. No soy capaz de pedirle a otro

que haga por ellos lo que yo no haría por mí, mucho menos por nadie.

Lo que sí pretende es arruinarle su próxima traba, pase, o trago; de eso sí estoy completamente seguro, no lo olvide: cuando se vaya a meter el primero, o el próximo, se acordará de mí. ¿Apostamos?

No sea ingenuo, no pretenda que en un centro de rehabilitación le enseñen a consumir drogas: cómo fumarse, nada más, dos o tres y para; tomarse cuatro o cinco tragos y seguir la rumba normalmente; tirarse unos pases y que su personalidad no se altere. ¡Entienda! El problema no es la droga es usted; el problema no es el uso, es el abuso. ¡Despierte! Nadie, en ninguna parte, le va a enseñar a soplar moderadamente. Yo no dejé la droga porque ya no me gustara. No. Hubiera sido muy sencillo. La tuve que abandonar porque me encantaba, me gustaba demasiado.

Nunca he creído en los programas de la reducción de riesgos y daños en la farmacodependencia (aunque los respeto), debido a su manera simplista y acomodada de abordar el problema; así lo definen ellos:

[...] Es una política social que tiene como objetivo prioritario disminuir los efectos negativos asociados al consumo de estas sustancias. En general, los programas de reducción de daños son programas de atención especializados, que pretenden asegurar la atención a aquellos drogo dependientes mayores de edad que no pueden o no quieren abandonar su conducta adictiva, pero que están dispuestos a modificar sus hábitos de riesgo para que su dependencia no los margine más o afecte en mayor medida su salud física o síquica, manteniéndolos vivos y más o menos funcionales, sin dañar la sociedad, mientras deciden dejar de consumir [...]

Bla, bla, bla...

Sé que es mucho más complejo, pero de esta manera lo entiendo yo:

Un individuo es poliadicto, consumidor habitual de marihuana, pegante, bazuco, alcohol y heroína; todo le sirve. Le proponen en dicho programa: escoja una droga de las cinco, la de su predilección; solo una. Con esa podrá seguir caminando por la vía.

Es como llevar a un adicto, aclaro adicto, a la autopista, pararlo en el andén y explicarle que por ahí pasan tractomulas, camiones, automóviles, motocicletas y bicicletas, y darle la oportunidad para que él elija cuál de los cinco vehículos quiere que lo atropelle. Es subirlo a un edificio de cinco pisos y dejarlo que elija de cuál piso se quiere lanzar.

Los adictos y sus familias tenemos una insólita manera de volver complicado lo sencillo y lo difícil hacerlo inalcanzable. Por todo esto es que seguimos siendo unos conejillos con los que investigan sociólogos, psicólogos, psiquiatras, terapeutas, curas, brujos, chamanes, pitonisas, periodistas, poetas, políticos, encuestadores y todo aquel que tenga en su círculo cercano a un adicto.

En asuntos de drogas no existen los milagros. Es de tratamiento. Pero hay que hacerse la fórmula completa. En la mayoría de casas los medicamentos pululan en los nocheros, closets, botiquines..., debido a que el médico nos ordena en su receta hacérsela por quince días, pero como a los tres ya nos vemos aliviados, suspendemos el tratamiento, entonces drogas y jarabes van a la colección farmacéutica, que es en lo que se convierten los cajones. A los escasos días, como es lógico, el virus o la enfermedad reaparecen, con ellos las recaídas. Después echamos la culpa a los médicos. Lo mismo sucede con respecto a las drogas: hay que hacerse la fórmula completa.

Esto no es de veladoras, novenas, rosarios, oraciones al espíritu santo, libros de autoayuda, manuales, acupunturistas, yerbateros, mucho menos pitonisas, chamanes o indios amazónicos. No crea en tanto charlatán que hay por ahí jugando con el dolor ajeno y llenándose los bolsillos. Recuerde: los colegios no son centros de rehabilitación, su nombre bien lo dice, «colegio». Los maestros son solo eso: maestros, no terapeutas, psicólogos, psiquiatras, mucho menos policías.

La buena educación de sus hijos es una inversión, un negocio, el mejor de sus vidas; por eso, edúquelos bien, invierta en ellos tiempo y dinero para que el día de mañana no lo jodan, aunque no es una regla segura. Así le quedará al menos su conciencia tranquila y se evitará esa infaltable pregunta: ¿qué más pude hacer?, ¿qué me faltó? Y desconfíen de ellos, desconfíen, desconfíen. Ustedes también fueron jóvenes: ¿lo recuerdan? Si sospechan que sus hijos están consumiendo drogas, indaguen; si se equivocan, no importa, es mejor pecar por equivocarnos que condenarnos por no haberlo hecho. Para prevenir el SIDA existe el preservativo. Para la droga el único preservativo conocido, hasta hoy, es no meterse esa primera dosis. Yo no puedo ir a la farmacia a comprar un preservativo para meterme tres pases de perico o dos 'plonazos' de marihuana, o cinco tragos de alcohol y no infectarme con la adicción, no volverme adicto.

Lo más importante: no traten de convertirse en los mejores amigos de sus hijos, pues si lo logran los dejarán huérfanos; padres hay solo dos, amigos miles.

El 4 de abril de 1999 leí en una cartelera en la comunidad terapéutica donde ingresé: «Los adictos somos el trapo sucio de la cocina de nuestras casas y de la sociedad».

Yo rompí ese paradigma hace veinte años: dejé de ser ese trapo sucio.

Únicamente le pido amiga, amigo, que se hagan una pregunta: ¿en quién o en quiénes están pensando a medida que avanza leyendo esta cartilla? ¡Pues regáleselo! ¿Qué tal y le aproveche? Y si no es así, pues será un método igual a los otros.

Por las escalitas

Siempre que quiero hacerle un balance a mi vida o se me está saliendo de las manos, voy a sentarme en una de las últimas bancas de la Basílica Metropolitana, en el Parque Bolívar. Me hipnotiza ver el sol convertirse en arco iris al colarse por los vitrales y acariciar la cabeza de los parroquianos. Dicha imagen me remonta a los días en que me bastaban los dedos de una mano para saber mi edad, y mi padre, uno que otro domingo, me llevaba a matiné, a comer velitas de coco y disfrutar o padecer, según la época, a Superman, el Zorro, Cantinflas o el Mártir del Calvario. El viejo se convertía, dependiendo de mis necesidades, en Clark Kent, don Diego de la Vega, Mario Moreno, Dios y, a veces, en él mismo. A mí me gustaba más concentrarme en las luces que salían por las ventanitas de la pared trasera, que en el telón. Me preguntaba: ¿cómo harán para pasar desde ese cubículo a todos mis héroes, caballos, perros, montañas, ríos, soles, lunas, por esos delgados chorros de luz hasta la pantalla? El viejo me lo explicó, me rompió el encanto y el cine nunca volvió a ser igual.

Cuando el sacristán dispone sobre el altar todos los ornamentos y le da vida al cirio pascual, como es mi costumbre, salgo del templo. El órgano comienza a tocar un réquiem y a inundar cada rincón con lágrimas, en forma de notas musicales. Por la puerta principal entran dos mujeres marchando uniformadas, al compás de la sinfonía, con sendos ramilletes blancos. Tras ellas, cuatro hombres de

trajes negros y corbatas moradas, custodiando un reluciente féretro gris. Metros atrás, una luctuosa procesión de herederos y dolientes.

A mí me alecciona más estar sentado en una de las bancas del parque, ver pasar el evangelio caminando en silencio ante mis ojos sin sermones y comulgar con los buñuelos, hojuelas y natilla que venden las hermanitas de los desvalidos, en el ventorrillo que instalan en una acera aleña. Además, tienen el aval de la curia y su respectivo perifoneo desde el púlpito; yo siempre he apoyado a la Santa Madre Iglesia y a todas sus filiales. Así que, en vez de competencia, trabajan en equipo sacerdotes y monjas, ¡bendito Dios! Esas religiosas sí que saben impartir una misericordiosa comunión. Creo que por eso muchas veces se ve más gente haciendo fila en el humilde toldo que en los arrogantes confesionarios de madera y mármol de la Basílica. Con tan succulentos buñuelos estoy seguro de que nuestro Señor hubiera sido tentado con tan solo el aroma de aquellas viandas, y la historia del ayuno en el desierto hubiera sido otra.

El amargo y espeso humo que emana del incensario, diestramente maniobrado por el clérigo, sale por las tres puertas de la imponente construcción de adobe macizo, tratando de que el incendiario de las pipas de marihuaneros y basuqueros, que emana desde todos los recodos del parque, no profane el sagrado recinto. Los espirales de humo de Dios y Belcebú se entrelazan en una orgiástica batalla en medio del atrio. No se puede distinguir quién es ángel o demonio, cuál narcótico o incienso. Casi siempre triunfa ese bálsamo brotado del fondo del averno que enseñoreado se siente levitar por la nave central del venerable lugar.

Los habitantes de calle que aún dormitan en las bancas y aceras del parque comienzan a ser despertados por la

Policía y, en el peor de los casos, por los «señores» de Espacio Público, ahora amparados por la Constitución, quienes, de chalecos beis, no antibalas, calzando botas de cuero recién lustradas y punteras de acero, hacen las veces de reloj despertador. Sus manos, otrora empuñadoras de fusiles, machetes o motosierras, ahora se las enguantan cual cirujano para prevenir alguna enfermedad infectocontagiosa que pudieran contraer al entrar en contacto con los *desechables*, con esos con quienes les toca lidiar día a día. ¡Pobrecitos! Pareciera que los vivos olieran peor que los muertos con los cuales interactuaban en el pasado, claro está, por cuestiones laborales. Debe ser por eso que hoy se cubren con tapabocas y no con pasamontañas.

Algunos marchan con sus caras talladas por la crudeza del frío de la noche, a pararse en las cafeterías del lugar, para implorar monedas y migajas de los comensales. Los otros, a dejar sus lagañas, su mugre, la resaca del alcohol, el bazuco, el pegante, la marihuana, la morfina, sus sueños y sus pesadillas en las frías aguas de la fuente, a disgusto de Ruperto. Ruperto, quien más que empleado de las empresas del acueducto y ornamento de la ciudad, parece la caricatura de un cazador de mariposas. Heredó, veinticinco años atrás, el trabajo de su progenitor y el cedazo para tamizar cada hojita que cae a la fuente... ¡Ah! Y además es el encargado, a distancia, de gritarles a los «indeseables» y a sus perros: «¡Mugrosos, no me ensucien el agua!» En tanto otra voz, con sarcasmo le responde: «¡Ni que fuera bendita!»

Las palomas revolotean entre las cruces de los campanarios, tejados y cornisas, pues Martha, la Loca, ya se encuentra sentada en las escalinatas. Las llama con un cariñoso cutucutucutu, como si fueran sus hijas. Nunca les falta con su dieta de pan y arepa migada, las mismas que los restaurantes

del sector le regalan por tener la fecha de consumo vencida. A varias les tiene nombre: Ceniza, Monjita, Tocaya, Pinchada, Tuerta, Pichadora... Pero en familia, les dice maternalmente mis «niñas»; en tanto a ella, despectivamente, uno que otro inculto le grita: icacorra!, imachorra!, iarepera!, puesto que le encantan las viejas y las jóvenes. Es un regalo ver esas aves caer desde los cielos, cual kamikazes, al verla, pero, uno mayor observar aquella mujer florecida de mensajeras por todo su cuerpo.

Las campanas tañen sus últimos lamentos. Los conductores llegan buscando dónde parquear. Canguro maniobra ágilmente su muleta hacia el lado donde antes tuvo su pierna derecha; con la mano izquierda agita un trapo rojo, desteñado y mugriento, idéntico a su figura. Hace señas para que estacionen en los espacios vacíos que aún quedan junto a la Basílica. Los rezagados feligreses suben en carrera por las graderías y se santiguan torpemente al entrar. Yo continúo sentado viendo pasar aquella mañana de domingo. Los pericos hacen su escandalosa aparición, se posan en las palmeras y con sus alas tiñen de verde los racimos de corozos rojos, con los que parecen jugar haciendo malabares en sus picos, para luego dejarlos caer.

La altura de la catedral, los edificios y los árboles proporcionan largas y espesas sombras que, en vez de regalarle colorido al parque, le dan lúgubres combinaciones de grises mortuorios. Los rayos del sol se filtran entre las ramas, convirtiéndose en espadas de doble filo que laceran los ojos. Y la brisa transforma en vaho las gotas que atomizan los surtidores de la fuente. Pareciera que la vida del parque fuera la muerte y sus habitantes estuvieran en un perenne velorio.

En la banca de enfrente, tres alcoholizados pasan de mano en mano una copita desechable rebosante de chirrinche. Sus

caras, sobre todo sus narices, lucen incendiadas por el goce que les brinda la bebida. Cuando la botella está llegando a su fin, la palidez del anémico pigmenta sus desorbitados ojos. Se paran, meten las manos en los bolsillos buscando una mísera moneda, y hasta sacuden sus zapatos contra el piso. Al sumar su patrimonio se dan cuenta de que no les alcanza para comprar la botellita de su suero milagroso, el que les devolvería el color a sus rostros. Se despiden trastabillando y rumiando una moneda a los incautos.

El más borracho de los tres, con su camisa calzada en la mano, enseña, cual orgulloso torero, la cicatriz que comienza en su manzana de Adán y se pierde en la pretina, el rosario tatuado con puñaladas en el tórax, y la medallita plateada que, a manera de piercing, cuelga de un gancho de ropa, en su tetilla izquierda.

Muerde un pan color azufrado que, por sus gestos, pareciera le hubiera sabido ha excremento; escupe y con violencia lo tira al piso. Una paloma aterriza, da un picotazo al manjar de harina y se da cuenta de que es un veneno para su buche y molleja. Sin perder tiempo, emprende vuelo y se posa en una de las salientes del templo. Otro andrajoso se agacha, toma el pan y lo hace desaparecer en su boca.

Cuando veo un inquilino de la calle, se apodera de mí la morbosa curiosidad de saber de dónde viene y hacia dónde va, pues, aunque se han convertido en adornos paisajísticos, también tienen una historia. A diferencia de los árboles y el jardín, no fueron plantados allí, no los brotó la tierra. Tienen sus nombres, apellidos y una novela por contar; no son simples bolardos o resaltos colocados en las aceras, que nos impidan caminar de prisa. Igual que el difunto,

entrado minutos antes, están allí para recordarnos que la vida cambia en un espabilar. Esa moneda que piden es el peaje para poder pasar por la vía con la conciencia menos pesada, un poco más tranquila.

De repente una tímida voz me aguijoneó desde atrás revolcándome el pasado: «¡Cabezón!» Me estremecí; mis recuerdos regresaron veinte años atrás, pues ya pocos conocían mi remoquete, por no decir nadie. Creí que el vademécum de venganzas, delitos y expedientes había caducado con el paso del tiempo.

Con desconfianza viré a encontrarme con el dueño de la voz. Vi un tipo más alto que yo, desgarrado, barba incipiente, desaliñada y entrecana. Un inocultable y rítmico tic en el lado izquierdo de su rostro le hacía convulsionar ceja, ojo, nariz y boca; infundía miedo. Era ver a un rottweiler, pero sin dientes, advirtiéndote que te morderá. Me paré con cautela. Mentalmente lo requisé desde su desteñida gorra de los Yankees, bajando por su cuello hasta llegar al morral rosado de Hello Kitty, pasando por el desaliñado jean, para terminar en el resquebrajado y mugriento cuero blanco de sus Nike.

Al darse cuenta de que no lo reconocía, se descubrió. La calvicie cobijaba más de la mitad de su cabeza y los desgredados cabellos que le quedaban escurrían sudor, grasa y sal. De su cuerpo emanaba un olor a casa abandonada, a rincón viejo. Su tufo a licor barato y su hedor azufrado me dieron agriera. Sin darle tregua a mis conjeturas, y mucho menos a mis escrúpulos, dijo:

–Juan José. –El silencio se apoderó del parque– ¿No me reconocés? Peropero... ¿O acaso se te olvidó quién me puso esta chapa? ¡Peropero... vos si tenés muy mala memoria!

Sabía perfectamente quién era Juan José, Peropero, y el único responsable en el barrio de que su nombre de pila pasara al olvido; lo que no podía reacomodar en mi cerebro eran todos esos retazos de cuerpo que veía frente a mí, con la última imagen que recordaba de él. Era armar un rompecabezas al que le faltaba la mayoría de piezas. Para ser honesto, lo único reconocible era su peropero... y su estatura. Así que sin hipocresía le dije:

–¿Vos me hubieras reconocido viéndome cómo estás?

–Pues te reconocí viéndote cómo estás. ¿Cuánto hace que no nos veíamos?, ¿veinte años? –Me sorprendió su memoria.

–Sí, ya son veinte larguitos.

–Pues ya ves... yo sí te reconocí gordo, cachetón y colorado como estás ahora. –Sentí un gancho al hígado. Luego me remató con un nocaut– ¿Será que te hizo más daño el bazuco a vos que a mí? –Y soltamos las carcajadas.

Lo invité a que nos sentáramos. Descolgó el morral en medio de los dos. Al ver el desencanto de mi nariz, lo descargó en el piso.

La hiperactiva guillotina de mi lengua no podía, ni quería darle espera a las preguntas que rondaban en el aire. Así que le descargué la primera:

–¿Me podés creer que, si no me decís quién sos, nunca te hubiera reconocido?

Bajó su mirada y exclamó:

–¡Claro, claro que te creo! Varias veces te he visto en este mismo parque, y por ahí en otras partes; es más, hemos estado a tres pasos y ni siquiera me has reparado. Una vez que estaba en un semáforo vendiendo bolsas de basura, me

compraste dos paquetes. ¡Y sos tan tacaño, que me pediste rebaja!

Las risas volvieron a brotar.

—¿Y por qué no me saludaste?

—¿Por qué? ¡Pues por vergüenza! Lo más difícil de vivir en la calle es encontrarte de frente con la gente que te conoce y lo hacen...

—¿Hacen qué?

—Pues reconocerte, ¿qué más? Por eso es que uno cambia de identidad. No se baña, se deja crecer el pelo si lo tiene cortico y si lo tiene largo se rapa, usa gorra y nunca mira a nadie de frente a los ojos; son pequeñas mañas que se van adquiriendo con los años, y que le ayudan a uno a sobrevivir en medio de tanto dolor, tanta soledad, tanto malparido. Es que da rabia que haya un solo Dios pa'tanto hijueputa que anda por ahí suelto.

—¿Y además usa morral rosadito de Hello Kitty?

Ambos miramos el morral; luego me dio una explicación que no le pedí, con insulto incluido.

—Comé mierda, vos si no cambiás; uno bien llevado del putas y vos salís con esas maricadas. ¿Sí pillás por qué era que no te saludaba antes? Pues este morral, ahí donde lo ves, me lo encontré en una caneca y aunque sé que me veo como un mariquita con paracaídas, como ya me lo han dicho, no tengo más. El otro, que sí era bien bacano, me lo robaron aquí mientras dormía. Me podés creer que una noche, todo enchirrinchilado, me eché a roncar debajo de esa banca de allá...

—¿Y por qué no encima?

—Pues porque para poder dormir en banca y no en el suelo hay que madrugar a coger puesto. Si no, pal'piso. Bueno, el caso es que me metí debajo de esa banca, puse el morral de almohada y al despertar me lo habían cambiado por

un adobe. ¡Que malparidos tan deshonestos, robarle a un colega! Se me llevaron las foticos que tenía de mi mujer y del niño; me dejaron con la ropa que tenía puesta.

No sabía si creerle, pero su cara de tristeza me decía que era verdad. Así que cambié de tema.

–Oí Juan José, ¿y por qué me llamaste pues? Como decís, si no lo hacés ni cuenta me hubiera dado que eras vos. Es más, ya me hubiera ido.

–Lo sé. Yo también estaba sentado en la iglesia, detrás de una de las columnas. A veces voy allá por la mañana a pedirle, ya no sé a quién, que me saque de esta puta vida que llevo. Pero pero... apenas comienzo a orar me quedo dormido. Al rato despierto y ya se me ha olvidado lo que estaba pidiendo, entonces voy de nuevo a rebuscarme para poder meterme la primera traba del día. Vea Cabezón, no sé cuál sea mi mayor adicción, si las ganas de bazuco o las de querer dejarlo. –Notó mi cara de asombro por sus sabias deducciones y continuó–. Vos me entendés, la dualidad, a fin de cuentas es la que lo mata a uno.

–Sí, lo viví miles de veces, hasta que un día entendí que el adicto, aparte de cargar con su adicción, tiene mala memoria.

Tiró su cabeza hacia atrás y preguntó con sus ojos: –¡Claro, mala memoria! Cada que decimos que queremos dejar las drogas lo estamos haciendo de corazón; es real, es honesto, es lo que deseamos en ese preciso instante, así nadie nos lo crea, así nos tilden de manipuladores y mentirosos. Lo que sucede es que, a los pocos minutos, o segundos, se nos olvida lo que prometimos y adiós deseos, adiós ganas de dejar de consumir. La ansiedad de droga casi siempre es más fuerte que nuestra voluntad. Los adictos padecemos una especie de Alzheimer desconocido por la ciencia... ¡Pero qué filósofos nos estamos poniendo!

–No es filosofía, güevón. Mirá esa fuente, ¿si pillás? Yo he llegado a la conclusión de que estar metido en la droga es lo mismo.

– ¿Que metido en una fuente?

–¡Claro que no! Una fuente no, dejá terminar, en una piscina. Peropero... con una pequeña diferencia: que esta, en vez de agua, la llenan es con mierda. Sí, con mierda, güevón, no te asustés, y adentro estamos metidos todos los adictos empinaditos, en puntas de pies. Y para no ahogarnos chapuceamos y nos pegamos de los bordes.

–¿No estás siendo muy trágico? Cambiá la mierda por otra cosa.

–Hermano, las cosas hay que llamarlas por su nombre, no se puede perfumar un bollo. Es igualito que en una olla, ¿si te la pillás?: unos se inyectan, otros aspiran, inhalan, fuman, beben, en fin. Todos estamos metidos allí, sin excepción: mujeres, hombres, pelaos, niños y hasta los viejitos. Es una gran piscina comunitaria, como las del municipio, con trampolines y con olas y todo. Y cada uno se va acomodando en su lugarcito, no importa si es negro, ateo, si es estudiado, ni mucho menos si tiene plata o no. La única condición que se necesita para pertenecer a dicho club es que a uno le guste la mierda, igual o más que a los que estamos ya hundidos hasta el culo. Y alrededor siempre se mantienen los curiosos, esos que miran con ganas de tirarse, resbalarse o que algún pernicioso pase a sus espaldas y les dé un empujón, los eche al agua. Peropero... eso no es nada, además, por ahí se mantienen los que surten de mierda dicha piscina las veinticuatro horas del día y así evitan que nadie se les salga de allí. ¿Si pillás? ¿Si pillás?

–¡Los jíbaros!

–¡Vos sí me estás entendiendo! –Y tiró su cigarrillo al piso– Por eso te recomiendo, Cabezón, que, si no se quiere

untar otra vez con ñola, o que lo salpiquen, córrase para allá. –Las carcajadas no se hicieron esperar.

–Juan José, aunque hay algunos tan idiotas que con el dedito gordo del pie le tantean la temperatura al agua, con ganas de darse un chapuzón.

–¿Idiotas? Maricas es que son. En cambio, otros como yo estamos ya cansados de estar allí metidos. Tratamos de salirnos por los costados; nos resbalamos, tocamos el fondo, lo intentamos una y otra vez y, de nuevo, a tragar mierda. Tosemos, descansamos un rato y continúan ese eterno jueguito de querer salirnos de aquella alberca o no luchar más y esperar el ahogamiento definitivo.

–Es que yo no conozco a nadie que esté metido en ese mundo y no quiera salirse de ahí. Lo que sucede es que siempre queremos salirnos por el lado equivocado. ¿Quién no va a querer salirse de ese basurero? Esa eterna pelea de ese par de pitbull que todos los adictos llevamos por dentro: uno de los perros es la ansiedad, las ganas de consumir; el otro, lo poco de sentido común que aún nos queda. El perro que alimentés mejor, y con más frecuencia, se encargará de comerse al otro.

–Y eso no es nada. La mamá pilló a su bebé en dicha piscina y, como tantas veces mi cuchita hizo por mí hasta que se murió, no lo piensa dos veces y se tira a salvar a su muchacho de esa putrefacción tan verraca. Al llegar donde él, lo agarra por el pescuezo con todas sus fuerzas, con las que le da ese incondicional amor materno. Pero pero... esta porquería de droga no conoce de amor de madre y, ambos, madrecita e hijo, van a dar al fondo, pues ninguno de los dos sabe nadar. ¿Y quedan recubiertos de? –Hizo un corto silencio y en coro ambos respondimos:

–¡De pura mierda!– Y continuó:

—¡Exacto! Hasta la coronilla. Y eso no es nada... Con los deditos de las manos nos sostenemos del borde del estanque, y con los de los pies, empinaditos, tratamos de tocar el fondo para no hundirnos del todo. ¿Sí me entendés? Peropero... nos resbalamos.

En tanto, inteligentemente me describía lo que para él era estar en el mundo de la droga, hacía la mímica con la totalidad de su escuálida figura. Parecía un mimo. Y cuando yo me distraía en algo o con alguien, me agujoneaba mi antebrazo con su dedo. Era verlo metido en aquella piscina, la gente pasaba, se detenía a escucharlo y, queriéndose quedar allí apuraba de nuevo su marcha, porque el afán y, quizás el miedo no se lo permitía. A él, no importándole las miradas, encendía un nuevo cigarro y proseguía con su elocuente disertación.

—Y cuando el papá se da cuenta en el lío tan hijueputa en que está metido su hijo y, a la vez su mujer, se tira a rescatarlos. El man no la piensa dos segundos y, cual Aquamán, en un acto de heroísmo, solo comparado con el del superhéroe, se lanza desde el último trampolín. Y, cuando llega donde los dos, recuerda que tampoco él sabe nadar.

—¡Y te apuesto que se tiró sin salvavidas! Pero lo peor es que se da cuenta, aunque ¿ya para qué?, de que, en vez de ayudar, estorba.

—¡Claro! ¡Cuál salvavidas! Se tira hasta sin pantaloneta. Peropero... los tres van a dar al fondo. Los tres bien embadurnaditos de caca. Es que, si la familia no sabe nadar, es mejor que se quede en la orillita y busquen ayuda. Como decís vos: ¡que no estorbe!

—Y como vos mismo lo dijiste: «No se puede perfumar un bollo»; un bollo no se puede adornar y mucho menos cuando se habla de drogas. Hermano, es que toda familia que esté pasando por un problema de drogas es un completo

caos, un desorden. –Se hizo un corto silencio y nuevamente respondimos en coro:

–Un completo mierdero.

–Y si no, mirá las familias de nosotros.

–Totalmente de acuerdo. Peropero..., pílesela pues: después de unos eternos segundos, salen a la superficie llorando, lloran, se besan y se abrazan. Tratan de sostenerse en punticas de pies y con las fuerzas que aún les queda, esperan el milagro que los rescate. Peropero... en esta maricada de la droga, los milagros no existen. Yo le pido y le pido a Dios que me ayude a dejar el bazuco, con él en la boca. ¡Si me pillaste ahora, en la iglesia!, y ya estoy con ganas de meterme el primero, y así no funciona.

–¿Y cómo es qué funciona pues?

–¡Y me lo preguntás vos a mí! Decímelo vos que fuiste el que salió de este mierdero. ¡No pues que llevás veinte años! ¿Cuál fue tu hazaña? Porque yo no he podido.

–¿De verdad querés saber el secreto para salirte de esa piscina?

–¡Por supuesto! ¿Cuál es el secreto pues? ¿Cómo fue qué vos saliste? ¿Si los milagros no existen, vos mismo lo decís, cómo hiciste pues para salirte de esa piscina repleta de mierda?

–Por las escalitas, mi hermano, por las escalitas, no hay otra forma.

Hicimos un coro de silencios; ambos asentimos con un pequeño cabeceo y, leyéndole la mente, le hice la pregunta más estúpida que no había formulado en mucho tiempo:

–¿Tenés hambre?

–¡Eh, casi no preguntás, Cabezón! ¡Claro que tengo hambre, y no de un día, sino de tres! Güevón, es que los días de fiesta son demasiado duros para los que vivimos en

la calle. El comercio casi no abre, y si lo hace, la gente no viene al centro. Escasamente vienen sirvientas. Así que los que piden les va mal y a los que vendemos bolsas de basura y otras cosas, nos va peor.

—¿Querés comer pollo allá en la cafetería del frente, o buñuelos donde las monjitas?

—Te voy a ser sincero, tengo más hambre que un Putas. Pero pero... mejor regalame la platica que te vas a gastar en comida, para comprar bolsas. Esta semana me fue muy mal y quedé descapitalizado.

No pude contener la risa.

—¡Descapitalizado! Como estás hablando de fino. Será para comprar bolsas, pero de bazuco. —Y las risas resurgieron.

—De verdad güevón, no te riás que la gente ya ni compra bolsas porque ya ni basura hacen.

—Hagamos una cosa: vamos y comés, después ya miraré con cuánto te puedo ayudar para el plante.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo. La poca gente que estaba allí nos miraba con suspicacia de arriba abajo; las meseras y el cajero hacían lo mismo. En vista de que teníamos un par de minutos allí, y ni un saludo, y menos un «A la orden», me dirigí a la caja y con soberbia pregunté al tipo que parecía ser el dueño:

—¿Aquí es qué nadie atiende, o es qué es autoservicio? Porque no veo ningún letrero que lo diga.

Carraspeó y con una falsa cortesía contestó:

—Tranquilo señor, una de las meseras ya lo iba a atender.

—Ya no hay necesidad. Deme un pollo con papas, arepas y una Coca-Cola de esas grandes... Ah, y un tinto.

El otro exclamó con incredulidad:

—¿Un pollo entero?

—Sí, entero. Y me dice cuánto es.

–Con la gaseosa son veintidós mil pesos. El tinto es una cortesía.

Aún con más soberbia saqué uno de cincuenta mil y se lo entregué.

–¿No tiene más menudo? Es que apenas abrimos y como comprenderá...

–No, mi estimado amigo; todos los billetes que tengo son de cincuenta.

Lo dejé en el mostrador y volví a la mesa.

Al rato llegó la mesera con el pedido y la devuelta. A Peropero, el estómago se le quería salir por los ojos. Me miró, agarré el tinto, y con la mano le indiqué que el pedido era suyo. Con incredulidad descargó el morral, pasó una de las correas por su pierna, y encajó en una rodilla la gorra. Sin contemplación se olvidó de mí. Ahora en aquella mesa no existían más que el desplumado animal y él. Su tic se hizo más evidente. A veces tenía que parar de comer para que su mandíbula se alineara de nuevo. Como fiera, protegía a su presa con garras y con lo que otrora fuera su perfecta dentadura.

Me puse a observarlo y comprendí que los recuerdos eran simplemente presentes oxidados, que debajo de la corroída piel seguíamos conservando el material del que estábamos hechos: carne y huesos con emociones. Que por azares de la vida yo no estaba en su lugar, y él en el mío. Por esas pequeñas o grandes decisiones que tomamos y que nos cambian, para bien o para mal, el resto de nuestras vidas.

Veinte años atrás éramos gemelos, un espejo el uno del otro. Consumíamos la misma droga, el mismo alcohol, las mismas putas, visitábamos los mismos antros; el infierno en el que nos calentábamos era el mismo, en las madrugadas de lluvia dejábamos las mismas huellas sobre el asfalto mojado,

y muchas veces sentimos los pasos de la muerte pisándonos la sombra. Y mirarlo ahora era reencontrarme con ese que fui.

En tanto él, como águila, devoraba su botín, yo, cual buitre, me alimentaba de su carroñoso presente, para no repetir mi doloroso pasado. En ese instante mi ego se nutría de sus fracasos. El restaurante comenzó a quedarse vacío. Entendí que los escasos comensales a nuestro alrededor sentían repugnancia al ver la forma en que Peropero comía. Los aliños y la manteca le daban color y brillo a sus uñas y dedos; el azafrán le delineaba la boca con un bigote dorado, en tanto, una que otra mosca robaba lo que podía. En minutos dejó en mero esqueleto lo que antes era un esbelto y succulento festín. Las servilletas pasaron del servilletero a su bolsillo trasero, y los palillos al de la camisa. Era un hombre de buenos modales, lo conocía bien, pero sabía que si se lleva varios días sin comer no hay recato que valga, la urbanidad queda como letra muerta.

Miró hacia la puerta de «Ellos» y «Ellas», en el monedero que decía quinientos pesos; me pidió una y desapareció. Al abrir salió un olor a porqueriza, y a continuación su morral, el que nunca soltaba. Su cara escurría sudor, pero se le veía satisfecho, como si hubiera tenido un orgasmo. El administrador, las meseras, y los dos o tres clientes que aún quedaban, y yo, no pudimos disimular el martirio de nuestro olfato. Todos me miraban reclamándome por un olor que no era mío. Mi cabeza abochornada miró el piso y mentalmente les pedí disculpas. Los blancos abanicos que pendían del techo, sin orden aparente, comenzaron a girar a toda marcha. Antes de que Peropero llegara a la mesa, me dispuse a salir. La vergüenza no me permitió dar propina; menos las gracias. En cambio, él, con jactancia, antes de poner un pie en la puerta, se consentía la barriga en tanto decía: «Muchas gracias, estaba todo muy peropero...

muy delicioso, aunque se les fue la mano con la sal. ¡Ah!, y pareciera que el sanitario está obstruido, porque no vació».

Cuando estábamos en la acera de enfrente, le dije en tono de reclamo:

–¡Delicioso! Pues por el olor que dejaste, creo que en vez de pollo nos vendieron gallinazo. A ese pobre señor en un mes no le vuelve a entrar un cristiano.

Socarronamente se sonrió. Después me agradeció con humildad y una palmadita en el hombro.

–Oí, Juan José: ¿vos por qué es que no soltás ese morral ni para cagar, es que guardás un tesoro adentro?

–Pues... puede que para vos no sea tesoro, peropero para mí lo es todo. Vea Cabezón, este morral es todo mi patrimonio. Cuando me robaron el otro, así suene a ironía, me dejaron en la física calle. ¿Y te imaginás, que dejen a un habitante de la calle en la calle? –No sabía si reírme, así que opté por enmudecer. –Me demoré más de tres meses para conseguir otra vez lo poquito que tenía.

–¿Y qué es lo que tenías pues?

–Nada, peropero, como te lo dije antes, para mí lo es todo. Un plástico y papel periódico para hacer el cambuche, una mudita de ropa, el cepillo de dientes, el cargador del celular... Ve Cabezón, para no hablar más, yo sin este morral quedo en la calle, ¿me entendés? Mejor dicho, quedo igual que una tortuga o un caracol sin su caparazón. Así de sencillo, ¿Si la pillás?

La banca donde estábamos sentados aún se encontraba desocupada, así que fuimos a sentarnos allá. Las campanas volvieron a repiquetear espantando las palomas que comenzaban a volar alrededor de las torres; las sombras

ahora eran menos largas y las agujas del reloj miraban para el cenit.

En mitad del parque, en las escalinatas de mármol donde se encuentra el bronce de Bolívar montando su caballo Palomo, se halla Polo, un drogadicto recuperado con biblioteoterapia, en la Casa del Hermano Manuel. Polo, un niche guapachoso, con swing, que en vez de sotana usa camisa hawaiana, pantalón ocre brillante y mocasines blancos. Cuando se adueña de las gradas, que utiliza como tarima, más que pastor parece un cantante de la Fania. De Biblia en mano, o sobaco, micrófono pegado con esparadrapo a su mejilla, un parlante colgado en su correa blanca y una potente pero maltratada voz, les hace competencia a los inexpresivos y monótonos curas de la Metropolitana. Como buen testigo de Jehová, no predica, regaña: «Arrepiéntete hermano, porque se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestes y hambres y terremotos en diferentes lugares. Arrepiénte hermano, el fin del mundo se avecina. ¡Aleluya!»

Pensé: Polo cambió una adicción por otra: ayer consumía bazuco, hoy Biblia.

Han pasado veinte años desde que le di la última aspirada a un bazuco y la explosión de este matará las escasas neuronas que sobrevivían en mi cerebro; igual tiempo de no saborear esos veintinueve grados de alcohol anisado que se convertían en un lanzallamas al bajar por mi garganta. Asimismo, pronto le celebraré los quince a la adicción que mayor sufrimiento me ha costado: el cigarrillo. Tanto que aún le sigo cargando luto.

Veinte años de haber ingresado a la comunidad terapéutica en la que me «rehabilité», me encontré conmigo y parte de mis seres queridos. Allí me di cuenta de que después de haber consumido veinte años: mujeres, bazuco, alcohol

y cigarro, la vida pasa factura; ella siempre te fía, pero tarde o temprano hay que pagar la totalidad del crédito, centavo por centavo, exceso por exceso, remordimiento por remordimiento. Si bien estoy de acuerdo con la sentencia que me enseñaron en AA: «El ayer ya se fue, el mañana no existe, el hoy es lo que tenemos», también soy consciente de que, en la mayoría de las ocasiones, el pasado es con lo único que podemos contar los adictos. El tiempo no pasa, nosotros pasamos a través de él para llegar de nuevo al punto de partida en el que todo comenzó: ese primer cigarro, ese primer trago, ese primer bareto, ese primer bazuco, esa primera dosis personal.

Veinte años cargando culpas propias y ajenas. Miradas juzgándome, voces retadoras, dedos que parecen armas a punto de disparar e infinidad de dudas a mi alrededor y dentro de mí, preguntándome si no sería menos complicado volver a consumir y no seguir arrastrando ese pesado lastre de aparentar lo que no se desea.

Veinte años en los que entendí que es más factible para el adicto dejar de utilizar drogas que perder su gusto por ellas. Ahí es donde radica nuestro logro, nuestra razón de ser: no consumir deseándolo. Es no tener sexo con nuestra mayor fantasía, teniéndola sobre sabanas de satín. Es negarse a un orgasmo, porque sobrevendrá la peor resaca de tu vida.

Veinte años, cuando contaba con mis padres vivos y treinta y cinco a cuestas. Ahora que paso del medio siglo veo a los de mi edad, a esos mismos que ayer catalogaba de ancianos, jóvenes. Pero hoy, que asisto a más entierros que nacimientos, los amigos van escaseando y son tantos nuestros pasados que no queda dónde acomodar nuestros paupérrimos futuros.

Y entiendo que medio siglo vivido para un adicto es demasiado. Y entonces nos damos cuenta de que nuestro

presente es el resultado, la suma de nuestros pasados. Me miro y he ahí el resultado.

Veinte años en que he dado gracias a la vida por cada día y otros en que la he maldecido.

El repique de campanas me sustrajo de mis reflexiones y me indicó que aún continuaba allí y que ya no era una mañana de domingo; las manecillas del reloj habían dejado de acariciarse en lo más alto.

A un costado de la señorial puerta central, una de las tantas ancianas que colabora con la catedral ofrece toda clase de novenarios, velones y bisutería eclesiástica, dispuestas en una mesa cubierta por un mantel blanco. En tanto, una ventisca desnuda a un guayacán amarillo, tirando su ropaje por el piso. De un bus escalera descende una excursión de turistas de caras rojas, pelo tan amarillo como el guayacán y cámaras Canon de oscuros e intimidantes lentes; apretadas por sus recelosas manos, disparan a diestra y siniestra por donde caminan. El tilín, tilín, tilín y el pregón del paletero hacen dueto para avisar que el chocono, recubierto con maní, cuesta mil pesos. Un trío de descachalandrados músicos intenta afinar sus guitarras con las largas y percutidas uñas de sus pulgares. En tanto, dos travestis educan sus gargantas tratando, infructuosamente, de que el macho do de sus voces se convierta en un femenino si. Un indigente, con su pelo convertido en rastas de mugre, camina eufórico; como trofeo exhibe una caja de cartón en su mano y en su espalda un costal a medio llenar, con envases apachurrados de gaseosa y latas de cerveza que dará en trueque por bazuco, en una de las tantas chatarrerías de la

«calle del pecado». A la sombra de un laurel, con malicia, un coqueto silbido y en su mano un billete, un anciano piropea a los dos travestidos requiriendo sus servicios. A lo lejos un pequeño letrero en colores fluorescentes publicita que el minuto de celular a cualquier operador cuesta doscientos pesos, y un alcoholizado lustrabotas, tan desaliñado como mis zapatos, señalándome el piso con su índice, me ofrece sus mágicos betunes. En tanto, una pareja de policías camina desprevenida contemplando el paisaje. De pronto, la voz de Juan José me aterrizó.

–Cabezón: el que comí fui yo, ¿y vos le hacés la siesta al pollo? ¿En qué estás pensando?

–En que ya es tarde, casi la una. Estoy cansado. Ya tengo aquí mucho rato. Dora debe estar preocupada.

–¿Aún estás con Dora?

–Creo más bien que ella es la que está conmigo.

–Yo a Gladys de vez en cuando la veo.

–¿Y el pelao?

Cerró sus ojos, pensó un momento y cayeron dos lagrimones.

–¡El pelao! ¿Y es que acaso no sabés lo que pasó con él? Jurámelo.

–Te lo juro. ¿Qué pasó con él?

–A Danielito lo mataron hace tres años, después de salir del estadio de un partido de fútbol. Esperá, te muestro su foto... ¿Si lo pillás? Estaba más alto que yo. Ahí medía casi dos metros. Lo peor es que dicen que fue gente de la misma barra. Los mismos hinchas con los que él se moría por ese malparido equipo. Es irónico: decía que él se moría por su equipo, y se murió. –Se persignó y después de un largo

silencio, continuó— De vez en cuando hablaba con el pelao por celular y si hablábamos dos o tres minutos cada ocho días era mucho. Pero pero no hablemos de esa mierda que me da rabia y tristeza.

—¿Y Gladys?

—¡Esa! Esa hace mucho que se consiguió un marido evangélico y no sale del templo. Según me cuentan, dice que conmigo no vuelve nunca más.

—¿Y qué querías, que te guardara luto por toda la eternidad? Dejá de ser conchudo.

—Lo sé. Pero pero uno en medio de sus nostalgias tiene la esperanza de que vuelva. Es más, muchas veces, para sentirla cerquita, voy a la iglesia donde ella asiste al culto y sin que me vea, la miro desde lejos. Que me perdone Jehová o Dios, pero pero cada día esa mujer se pone mucho más buena. Y eso que allá no la dejan poner jeans, ni minifaldas, ni nada de esas maricadas. Pero pero me imagino lo que hay debajo de ese vestido que le tapa hasta los tobillos y la verdad, la verdad, me dan celos de ese hijo de puta que nunca la desampara.

—Bueno Juan José, yo ahora sí me debo ir, hermano.

Y sin dejarme terminar, con sus ojos convertidos en signos de pesos y la voz en la de un menesterozo, me preguntó:

—¿Sí me vas a dar para comprar las bolsitas de basura?

—¿Y cuánto es que necesitás pues?

—Yo creo que con cincuenta mil pesitos es suficiente.

Con rabia lo puse en su lugar.

—¡Pesitos! ¿Vos es que me crees güevón, o qué? ¿Cincuenta mil? ¡No los tengo ni pa'mí! Te voy a dar veinte mil, y eso que es mucho.

—Cabezón, dame los treinta...

—Ni un peso más...

–Dame veinticinco y así partimos la diferencia. –Y me picó su ojo.

–¡Qué malparido sos vos! Veinticinco pues. Ni un peso más. Vos verás si comprás bolsas de basura o de bazuco. Acordate que yo fui igual de vicioso, o más que vos, así que no me trabajés de calle.

Le entregué los veinticinco. Los metió al bolsillo y con sigilo miró a un lado, al otro, introdujo la mano por la pretina hasta llegar a sus genitales, sacó un celular, sin la tapa trasera, forrado en cinta transparente para que no se desarmara, y con propiedad dijo:

–Cabezón, dame el celular y el de tu casa; es que la verdad no quiero perder el contacto con vos.

No pude esconder mi asombro.

–¿Y es que tenés celular?

–Claro hermano. Este es el cordón umbilical con mi familia, o con lo que me queda de ella. De aquí le hago la perdida al que necesito y me la devuelve. Este aparatito fue lo mejor que pudieron haber inventado. Es el artículo de mayor valor que tengo y eso que me han ofrecido hasta diez bazucos por él. Es más, ni siquiera lo he empeñado, por muchas ganas de bazuco que tenga, con eso le digo todo. Te juro que lo cuido hasta con mi propia vida. Es que si se me pierde este aparatito... ahí si quedo muerto; incomunicado.

Le di mi número, registré el suyo y sin demora me despedí.

–Bueno, Juan José, cuando me querás hablar me hacés la perdida que yo te la devuelvo. Eso sí, no me vas a llamar embalao ni borracho, porque te cuelgo. Ah, ni mucho menos después de las diez de la noche.

Me acompañó hasta el carro, le pagué a Canguro el parqueadero y, antes de arrancar, Peropero, con voz entrecortada me agradeció. Me ofreció su mano, en un

gesto de hermandad se la apreté, me despedí con mis ojos vidriosos y eché a rodar el carro. Cuando me había alejado varios metros le pité. Él, en veloz carrera, se acercó de nuevo a la ventanilla, quizá pensando en el billete de cincuenta y en tono de reclamo le dije:

–¡Vos sí sos cochino! –Me inquirió.

–¿Por qué me tratás mal, respetame, acaso la cagué?

–¡No, malparido, no la cagaste! Solo que te metés la mano a las pelotas para sacar el celular y luego me la das.

Sin darle tiempo a réplica, le di marcha al carro y a mi risa.

Diez días más tarde recibí una llamada perdida; era Peroperopero. Sin demora se la devolví; no lo dejé modular palabra.

–¡Quehubo güevón!, pensé que ya te habías fumado el celular.

Su respuesta fue el fúnebre lamento de una sirena, acompañado por una voz marcial.

–Señor, habla con el capitán Otálora de la Policía Nacional de Colombia.

Sentí como si me hubieran esposado.

–¿Con quién tengo yo el gusto?

–Juan Guillermo...

–Guillermo, ¿qué?

–Valderrama

–¿Usted es el Cabezón?

Ahora sentí las esposas en mis testículos.

–Pues así me decían antes...

–Señor Valderrama, para no darle más vueltas al asunto, sucede que en este teléfono estaba el número suyo. Escuetamente decía Cabezón; por eso lo llamé. ¿Me podría decir quién es el dueño de este celular?

–Pues hasta que me enteré, es de Juan José...

–¿Juan José, qué?

–Creo que Aguilar, pero no estoy seguro...
–¿Tiene usted algún parentesco con el señor?
–¡No, simplemente amigos... conocidos más bien...
–Pues le comunico, señor Valderrama, para que les comunique a los familiares del señor Aguilar, que él fue apuñalado aquí en el parque Bolívar y, lamentablemente, acaba de fallecer.

Un escaso presupuesto de prevención

¡Lo irónica que es la vida! Vengo a dar una pequeña charla sobre prevención de drogas, precisamente en la universidad de la cual fui expulsado por haberlas consumido, treinta años atrás.

La psicóloga de esta institución me propuso que en cinco minutos le vendiera, a cada uno de ustedes, la idea de que si ya era consumidor de drogas pensara en abandonarlas y buscara ayuda profesional, pero que si aún no, resolviera no tocarlas nunca. Como quien dice: matar dos pájaros con el mismo tiro. Pague uno y lleve dos. A mí la verdad la propuesta me pareció descabellada por el escaso tiempo: ¡cinco minutos!

Pero a pesar de esto, me fui a mi casa a pensar en dicha propuesta y a plasmar en un papel unas cuantas preguntas que me surgieron:

¿Es qué cómo pretende una persona que cinco minutos sean suficientes para convencer a alguien para que no tome el camino que yo elegí equivocadamente, hace más de cuarenta años?

¿Acaso creará que en cinco minutos voy a hacer recapacitar a un grupo de estudiantes, por únicamente contarles que cuando tenía doce años comencé dándole pitazos a las colillas de Piel Roja de mi mamá, y qué a mis cuarenta y tres terminé fumándome cuarenta cigarrillos al día?

¿Será que imagina que por pararme cinco minutos en frente de un público y decirles que a mis catorce años ya era consumidor compulsivo de tabaco, alcohol y bazuco, les hará dudar de meterse su primera dosis?

Es que, ¿quién puede en cinco minutos hacerle entender a un muchacho que consumir drogas es una enfermedad mortal y que como tal debe ser tratada al igual que un cáncer, una diabetes, una hipertensión o un sida?

¡Por Dios! ¿A quién le cabe en su cabeza que, porque yo me dirija a un auditorio, cinco minutos, contándole que en una noche de 1978 me fumé el primer bazuco de mi vida y que veinte años después me fumaba hasta doscientos en una sola farra, alguien pueda pensar que su futuro en la droga siempre será una cárcel, un hospital o el cementerio?

Es qué, ¿cómo le explico yo en cinco minutos a un ser humano que apenas comienza la vida, que en mis veinte años de adicción y veinte de sobriedad nunca he conocido a un solo adicto, óigase bien, uno, que no quiera dejar las drogas y que no haya acariciado la posibilidad de quitarse la vida?

¿Con qué palabras mágicas que duren apenas cinco minutos logro escribir un discurso creíble, que además explique que por el excesivo abuso de drogas necesito un trasplante y, además, que a mis cincuenta y tantos tengo el corazón de un anciano de noventa?

¿En qué lugar, por muy convincente que yo sea, en escasos cinco minutos, me van a creer que en la familia y, por ende, en la sociedad, los adictos son vistos como lo más indeseable, el escalón más bajo de ella?

¿Será qué cinco minutos alcanzan para hacerle comprender a una persona que en drogas el único preservativo que existe para evitar contagiarse es no meterse esa primera dosis, ya que si te la metés y te contagiás, estarás infectado de por vida?

Aunque también pensé que, si hace treinta y tantos años, alguien en una esquina, en cinco minutos, me convenció de hacer un mal negocio, ofreciéndome un bazuco, que solo me trajo dos décadas de tristezas, dolores, soledades, muertes, robos, cárceles, hospitales... ¿Por qué yo, en cinco minutos, no puedo venir donde ustedes a hacer lo que el jíbaro hizo conmigo?

Pero yo no vengo a venderles droga, no. Yo simplemente estoy aquí para ofrecerles mi testimonio y mi experiencia, y decirles que no se vayan por el camino que yo elegí, que por ahí no es.

Sí yo hice un mal negocio ustedes no tienen por qué hacerlo.

Así que piénselo bien, hacen negocio conmigo o con el jíbaro. Ustedes son los que deciden

(Tiempo estimado del discurso: 4:59).

Cocaína

Cocaína despreciable y ruin,
constructora de leyes y mandatos,
forjadora de guerras vanas y sacrificios viles.
Falsificadora de ideas,
compradora de almas,
jueza mezquina de balanza inclinada.

Opulenta reina
venerada y temida por tu mandamiento propio.
Arrogante maniquí de ilusiones falsas,
diosa eterna de las almas muertas,
vendedora de plagas,
compradora de esclavos.

Manantial inagotable de irónicas ofensas,
memoria oculta de injusticias ruines,
forjadora constante de fatídicos sueños.

Culpable absoluta de nuestro insomnio infinito,
usurpadora de la paz que claman nuestras enflaquecidas
almas,

diva blanca a la cual ofrendamos carnes y huesos,
aglutinante de títeres en las casas de vicio,
fatalmente embrujados por tu sabor amargo.

...Otra vez van mis alhajas a las casas de empeño,
para seguir muriendo, para seguir el sueño...

SERIE MEMORIA

ISSN 1692-0368

- No. 20 *Educación Media y Educación Superior en la República de la Argentina*. Víctor Mekler, 2004
- No. 21 *Relacionar al estudiante con la vida cotidiana y productiva del país*. Cecilia María Vélez White, 2004
- No. 22 *Consideraciones sobre financiación de la educación técnica en Colombia*. Jaime Niño Díez, 2004
- No. 23 *La Educación Media, un problema de equidad, eficiencia y mucha innovación*. Marta Lucía Villegas Botero, 2005
- No. 24 *Responsabilidad social de la ciencia y la tecnología*. Diálogos con los profesores León Olivé y Nicanor Ursúa, 2005
- No. 25 *Tecnología, política y academia*. Homenaje al profesor Álvaro Tirado Mejía, 2005
- No. 26 *Gestión Tecnológica, Gestión del Conocimiento y Gestión de la Innovación*. Entrevistas a Andrés

- Araujo, Nicanor Ursúa, Anton Borja y Mikel Gómez Uranga, 2005
- No. 27 *Oportunidades para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología*. Jorge Reynolds Pombo, 2005
- No. 28 *El Lenguaje en los contextos de la Ciencia y la Tecnología*. Cruzana Plata de Tamayo, 2005
- No. 29 *El Quijote: de la risa, la crueldad y otros menesteres*. Reinaldo Spitaletta, 2005
- No. 30 *¿Cuál es la coartada para negociar la calidad de la educación tecnológica?* José Marduk Sánchez Castañeda, 2005
- No. 31 *Medellín: ¿de culos o en subida?* Gustavo Álvarez Gardeazábal, 2005
- No. 32 *Marco normativo y regulatorio en las telecomunicaciones*. Carlos Alberto Atehortúa, 2005
- No. 33 *Colombia, conflicto armado, amenaza terrorista y bomba social*. Salud Hernández-mora, 2005
- No. 34 *Tendencias y mercados en las telecomunicaciones*. Alejandro Ceballos Zuluaga, 2005
- No. 35 *De la desertión*. Juan Guillermo Rivera Berrío, 2005
- No. 36 *Enfrentar un terrorismo de 40 años no es fácil*. Álvaro Uribe Vélez, 2006
- No. 37 *El discurso científico desde el análisis del discurso*. Silvia Inés Jiménez Gómez, 2007
- No. 38 Instrumentos portátiles basados en sistemas biosensorísticos para aplicaciones con material

- biológico Gianni Pezzotti,G.,Giardi, M.T., Rea, G., Tibuzzi, A., Lambreva, M, 2008
- No. 39 *Marie Curie o la pasión que teje una existencia.* Sandra L. Jaramillo R, 2012
- No. 40 *La experiencia de la lectura: ¿qué leer y por qué?.* Juan Diego Tamayo ochoa, Rodrigo Zapata Cano, 2013
- No. 41 *Y...¿Por qué periodista científica? Confesiones.* Lisbeth Fog, 2014
- No. 42 *Gardel vive muriéndose de la risa.* Guillermo Zuluaga Ceballos, 2015
- No. 43 *Periodismo científico una especialidad para el siglo 21.* Antonio Calvo, 2016
- No. 44 *Iniciaciones escriturales:Experiencias y lenguaje.* Alejandra cristina moncada acevedo, compiladora, 2017
- No. 45 *Cultura científica y tecnológica para la apropiación social del conocimiento.* Silvia Inés Jiménez Gómez, Lina Yanet Álvarez Estrada, 2018
- No. 46 *Curiosidades alrededor del mundo Parte I.* Ofelia Peláez, 2018
- No. 47 *Problemas Complejos, Problemas Humanos Gilles G. Hallé,* 2018

Memoria

Se terminó de imprimir en el Taller de Artes Gráficas ITM,
en el mes de agosto de 2019.

Las fuentes tipográficas utilizadas empleadas son **Georgia Normal 10**
puntos, para texto corrido, para títulos **Helvetica Bold** a 12 puntos y subtítulos
helvetica Bold a 10 puntos
Medellín - Colombia